



EL CASTILLO DE SIMANCAS.

—¿Así, muchas las queréis?—
—Así, muchas las queremos.—

Poesía antigua.

Orillas del caudaloso Pisuerga, sobre una pintoresca cuanto riquísima vega, álzase en prominente recuesto la villa humilde, que de origen mal columbrado entre la sombra de los tiempos ha llegado á tener célebre y respetable nombradía. Y esta importancia débela, no tanto á su historia local, no escasa por cierto en interés y consideración como al monumento artístico, que de alcázar de la opresión y de la guerra, pasó á ser tesoro de gloria é ilustración para el país. *El castillo de Simancas* tiene una doble significación; y es preciso contemplarle en su aspecto de fortaleza feudal y de cartofilacio de la corona de Castilla. Porque cada cual de esas fisonomías representa nada menos que toda una época; y se diferencian tanto entre sí, como la situación del mundo civilizado en ellas significada respectivamente. Esta es una apreciación muy curiosa para el observador filosófico; apreciación tan característica y singular que quizá no pueda hacerse sobre otra obra monumental. Bien que difícilmente se hallará un edificio que mejor simbolice y marque por su destino el tránsito de la edad media á la edad moderna, y que con tanta viveza y fidelidad refleje y reasuma la índole de cada sociedad y el estado de cada civilización.

Estudiando así su existencia nos representa por una parte el feudalismo militar y por otra el reinado de la inte-

ligencia; allí se trasluce la acción de la fuerza, aquí el influjo del espíritu; en lo remoto la espada, en lo próximo el pensamiento. ¡Qué diferencia tan radical y absoluta! ¡Qué série de observaciones emanan de cada significación! ¡A cuántas y cuán profundas reflexiones se presta esa meditación! ¡hasta donde es elocuente ese recuerdo de la antigüedad!... Trás de cada una de sus materiales apariencias de servicio y uso mecánico, está toda una fase del continente europeo, toda una jornada de sus pueblos en el camino de la humanidad hacia su perfección. Y confrontados y existidos entre sí esos pormenores, parece imposible que se hayan amalgamado en un mismo objeto, haciendo de él una verdadera esfinge: pero esta esfinge, este monstruo complejo significa una gran idea, y envuelve un misterio, que merece bien la faena de ser descifrado y entendido. El castillo de Simancas, del siglo XII, es la antítesis, el contrario del castillo de Simancas del siglo XVI. La fortaleza del poder es el polo opuesto del museo del saber, tanto como lo son la guerra de la paz, la violencia de la razón. El castillo de Simancas por su destino de ayer y su empleo de hoy es un enigma de sí mismo, que solo se explica en la sucesión de los tiempos y de los sucesos, bien apreciados en todas sus consideraciones, como lo hace la crítica de los modernos historiadores.

La fuerza y la inteligencia, esos dos grandes constitutivos del hombre, que amalgamados y en armonía forman el elemento de perfectibilidad social, han solido divorciarse radicalmente, y luchado por su respectiva superioridad. Y

28 DE OCTUBRE DE 1856.

así como obrando de consuno son el mejor vehículo, la poderosísima palanca de la civilización, su divorcio y su lucha retardaron no pocas veces, ni por escasos tiempos, el progreso y natural corriente de la cultura y de la prosperidad humana. La fuerza no se resignó á comprender que, como hija de la materia, es un agente secundario de la inteligencia que emana del espíritu; y se reveló contra ella, y quiso compartir, sino usurpar, el reinado de la razón. La antigüedad acaso intentó significar esa aberración psicológica en el mito de los Titanes alzados contra Júpiter; porque bien á menudo, desde la infancia del mundo, se repitiera esa subversión del principio animal contra el principio moral. Pero entre las ocasiones, que ha ocurrido tal perturbación, en ninguna se dejó sentir acaso por tanto espacio, ni con mas decisivas condiciones, que en la Europa moderna, á contar desde el establecimiento de la conquista Germánica hasta la abolición del feudalismo. Durante ese larguísimo intervalo se vió sometida á tan brutal como avasalladora ley. La fuerza era el principio; el ejercicio de la fuerza el medio; el abuso de la fuerza el fin. Y bien ¿cómo nueve ó diez centenares de años pudo el Occidente vivir en tal estado de choque y de vaiven? ¿Cómo por tanto tiempo la fuerza llegó á ser el elemento dominante, típico y esencial de cien pueblos, precisamente los mas llamados á los adelantos de la sociedad? ¿Qué causas tan hondas y activas pudieron existir para tan dilatada y cruda dislocación?

Pero este era un resultado necesario de la época, determinado por la presión de inmensos acontecimientos. El Occidente, sumido en el caos de la barbarie venida de los bosques de Odino, casi en el estado natural, sin literatura, sin legislación, sin gobierno, sin costumbres, sin tradiciones, era un bajel entregado á sí mismo en medio del embravecido Océano. El valor personal, el poder del brazo fue el título de superioridad, estatuido por los soldados de Atila y de Alarico. Y partiendo de esta aberración irracional, el feudalismo constituyó un principio puramente mecánico como fuente de todo poder, y la fuerza ciega como pauta de toda organización. Y la guerra en todos sus aspectos fue la aplicación perentoria de la salvaje y degradante teoría. ¡Así es que la monarquía se hizo guerrera; guerrera también la aristocracia, y hasta guerrero el sacerdocio de la mansedumbre y de la paz!.. Ese era el vicio ingénito del feudalismo, ese el virus cardinal de su ser, la culpa irredimible de su existencia, cuyos efectos acaso estamos experimentando aun. Y como no habia firmes centros de poder público, fuertes asociaciones políticas, poderosos intereses sociales y grandes fuerzas de inteligencia, de moralidad y de justicia con que contrabalancear aquella fórmula feroz, como el fraccionamiento, el espíritu de individualidad y la intolerancia de las instituciones feudales operaban sin contradicción; y como los graves errores de la humanidad necesitan el lapso del tiempo, el concurso de los sucesos y la madurez de la ocasión para ser rectificados por el influjo civilizador, de aquí la fácil explicación de tal cúmulo de años y montón tal de generaciones sujeta á la acción fiera y persistente de la guerra, como expresión genuina y connatural del imperio de los mas fuertes.

El castillo de Simancas representa bajo ese aspecto, como todas las fortalezas de la edad media, la época de su origen y la sociedad de su tiempo; significa la guerra, porque la guerra era la fórmula de la fuerza, y la fuerza el tipo de aquella menguada y negativa civilización. Y como establecimiento de guerra, el monumento aparece ser una fortaleza, bien conservada, de sillaría, de antigua pero sólida construcción, situado sobre cierta prominencia, que domina la comarca. Consta de dos recintos de fortificación; el uno exterior, formado por buena muralla de sillarejo, de considerable macizo, coronada de robustas almenas, con ladroneras para mosquetería, y torreada por una serie de bas-

tiones redondas, que flanquean todo el frente; estando además precedido de amplísima cava, revestida de soberbia escarpa sillar, que sube á unirse con el basamento de la cortina. Dan ingreso á la plaza dos postigos, defendidos por dobles torreones, habiendo sido sustituidos los puentes levadizos por pontones de piedra, de traza vulgar. El murellaje cobija por su línea interior sólidas casa-matas y puestos de guardia, y está ceñido de otro foso que sirve de primera defensa al segundo orden de la fortificación. Constituido este en planta cuadrangular, ofrece una masa imponente en consistencia y proporciones. Dos torres, colocadas en el frente principal, una al Este y otra al Sud, defendían el acceso al rastrillo interno, y dominaban toda la circunferencia. La meridional, llamada *el Cubo*, era la del homenaje, y tiene mayor alzada, estando resaltada sobre el ángulo mismo de las obras, y señorea la topografía hasta el extremo de ofrecer sus azoteas uno de los mas magníficos puntos de vista que puede concebir la imaginación, pues sobre abarcar desde Valladolid hasta las sierras de Avila y Guadarama, en una extensión que se pierde la vista, los accidentes del vastísimo cuadro, trazan admirables perspectivas en los pinares, viñedos, alquerías y verjeles que cubren el paisaje y orlan las fecundas márgenes del Pisuerga y del Duero, que se deslizan por medio de aquella vega tan hermosa como feraz.

En lo interior de estas torres se halla el aposento que sirvió de prisión al celebre obispo Acuña, después de las guerras de las Comunidades. Es una pieza redonda, colocada en los últimos cuerpos de la torre, cubierta con bóveda semicircular, y de solidez á toda prueba, con un balcon á inmensa altura. También está en ella *el cuarto del tormento*, para los infelices allí sumergidos, cuando el castillo era prisión de Estado. Es de igual forma que la anterior; pero situada en el piso mas bajo, sin mas respiradero que una angosta ventana para la luz. Aun existen en su cascaron seis escarpas de las varias en que suspendían á los condenados á la tortura de la dislocación. ¡Cuántos gritos dolorosos habrán ahogado aquellas macizas paredes y profunda soledad!

La construcción de esta fortaleza debe remontarse al siglo XII ó XIII, pues su situación bajo el nivel de unos cerros que la dominan al Occidente, desde donde la artillería hubiera podido inutilizar las defensas de la plaza, indica que este arma aun no era usual á su origen.

Destinada á encierro de reos políticos, sirvió al efecto para hombres importantes, como el Mariscal de Navarra, y el Vice-canciller Antonio Agustín. La poderosa casa de los Almirantes de Castilla la contó en sus estados; pero mediante cierta indemnización, los Reyes Católicos la hicieron ingresar en el poder realengo, por el gran pensamiento de la desinfeudación. Luego de asentada la preponderancia monárquica sobre el elemento aristocrático, y sobre el principio municipal, don Felipe II dió á la fortaleza el destino de archivo general de la Corona, poniendo término á su historia militar.

Pues como los tiempos no paran su carrera, desde los de la fundación del monumento se fue preparando poco á poco el tránsito á otra situación mas digna y bonancible. En medio de las luchas, de la oscuridad, y del fraccionamiento de los siglos feudales, fuéronse creando las nacionalidades, robusteciéndose las organizaciones políticas, nivelándose los elementos sociales y haciéndose cada dia mas necesario é influente el elemento intelectual. Al cabo pues de mucha labor, llegó el dia de extinguir la infeudación, y con ella abatir el principio materialista. Reservada estuvo al siglo XVI la consumación de tan grande mudanza, y la llevó á cima con acertada voluntad y buena fortuna. Verdad es que venia preparándose de antemano con precedentes históricos, tales como la emancipación de los concejos en Francia, la

creacion de las repúblicas italianas, el renacimiento de las letras en Europa por la conquista de Constantinopla, las Cruzadas para la toma de los Santos Lugares, la intervencion del *estado llano* en las Cortes españolas, el reinado de nuestros Reyes Católicos, el engrandecimiento del poder monárquico, las relaciones internacionales y la unidad Europea. Pero obras tales ni se improvisan ni se efectúan sin predisposiciones fortísimas, sin influencia *á priori* de intensa y absoluta accion. Desde aquella fecha, pues, data la época intelectual del mundo moderno; de entonces vienen tantos hombres eminentes en las artes y en las ciencias, los inmensos adelantos en los dominios del entendimiento, los altos descubrimientos, las empresas en grande escala; allí empieza el reinado del pensamiento.

Una vez cambiado el elemento generador de la sociedad, derrocado de su pedestal de hierro el ídolo ciego de la fuerza, y subordinado este agente en lo posible, á la supremacía del intelecto, hiciéronse inconvenientes, ó inútiles por lo menos, los medios de material dominacion. Y se hizo por ende á los ñeños feudatarios vivir en rededor del Monarca, se vedó la construccion de nuevas fortalezas y hasta el reparo de las antiguas; se extinguieron las mesnadas y los abanderamientos de pendon y caldera, y todo se sometió á la moderna tendencia de la sociedad. En esta peripecia universal, los castillos roqueros, las ferradas torres, los alcázares y atalayas del orbe feudal quedaron sin alcades ni castellanos, sin guarda ni presidios, sin servicio ni objeto. Desartilladas unas, arruinadas otras y abandonadas todas, algunas empero alcanzaron el privilegio de servir á la regeneracion intelectual, cambiando de suerte y de aplicacion. Y acaso ninguna tan favorecida y bien tratada como el castillo de Simancas, trasformado de marcial baluarte en museo de gloria nacional y de engrandecimiento literario; significando en este concepto el tránsito de la edad de la violencia á la edad del estudio, de la Europa señorial á la Europa alodial, y revelando el carácter inteligente de la Europa moderna.

Aquí da principio la segunda fase del monumento, en su consideracion civil y literaria, que tiene una importancia muy conocida. Constituido en cartofilacio general del reino por el mandato regio de 1563; depositáronse en él los documentos esparcidos en varios puntos de Castilla, donde habia residido la corte, bajo la direccion de D. Diego de Ayala, primer archivero nombrado por el Monarca. Pero pronto se conoció la necesidad de hacer obras importantes en la fábrica, pues mal pudiera sinó corresponder á su nuevo empleo. Levantó los planos el insigne Herrera, como arquitecto de Felipe II, para el ensanche oportuno, comparicion y buen acondicionamiento, y los pusieron en ejecucion sus distinguidos discípulos Francisco de Mora y Pedro Mazuecos; continuando las reformas el tercer Felipe, y siendo ampliadas con posterioridad, segun lo ha ido exigiendo el cúmulo de papeles sucesivamente aglomerados. A esas obras corresponde el magnífico emplomamiento de toda la techumbre, la série de bohardas que corona graciosamente la cúspide, en derredor, las cúpulas de las torres y otras modificaciones que le han quitado parte de su perspectiva militar.

Comprende treinta y ocho piezas llenas de documentos, perfectamente colocados y ordenados. En algunas hay estantería de madera, cerrada con abalastrados; y en otras, andenes incrustados en los macizos de la fábrica. Los papeles estan distribuidos por ministerios y ramos de la administracion pública, bien encarpelados y clasificados. Entre ellos hay las colecciones completas de los siglos XVI, XVII y XVIII, precisamente los mas interesantes para España y para toda Europa, terminando en los correspondientes al año de 1800. Hay allí manuscritos de la mas alta importancia; aquello es un tesoro magnífico é inagotable para la

historia moderna. Pudiéramos citar autógrafos curiosísimos, noticias preciosas y revelaciones muy interesantes de la política monárquica de aquellos tiempos. Ese inmenso depósito guarda, en fin, cuanto concierne á la gigantesca monarquía española, cuando se extendia desde los Estados de Flandes hasta las colonias del Perú, cuando en ella no habia ocaso para el sol. *El archivo de Simancas* es un verdadero timbre para nuestra patria, que los extranjeros miran con codiciosa emulacion. Ya los franceses, cuando la pretendida conquista de su héroe, le despojaron de multitud de documentos que se llevaron á París; pero recuperados por el Gobierno de la nacion, y ordenados nuevamente por el archivero D. Tomás Gonzalez, atestiguan nuestras pasadas grandezas, y custodia los títulos del nombre español á la mas alta é imperecedera fama.

El mundo sábio acude solicito á los silenciosos y desmantelados umbrales de *Simancas*. Y el historiador, el crítico, el estadista, el erudito llegan constantemente y saludan con veneracion esos aportillados y vetustos murallones. Estos soldados de la inteligencia, estos obreros de la civilizacion no vienen á *Simancas* atraídos por el recuerdo de las campañas ó el rebato de las parcialidades; no traen consigo mesnadas de vasallos ni el sangriento botín del enemigo. Hubo un tiempo, es verdad, en que el estrépito de la pelea zumbaba por los ámbitos y contornos de la antiquísima villa; dias pasaron en que los castellanos recibian pecho á pecho sobre sus codiciados adarves la escalada de los agueridos sarracenos; y por muchos siglos sus moradores vivieron en ella como en un campamento militar. Pero ya no se oye aqui el son de la bocina del atalayero, ni cruje el feriado perne en pórticos y poternas, ni desde los altos baluartes descúbrense por la vega las lunadas tiendas de Almanzor. Cayeron los torreados muros, cegáronse las cavas y dejó de flotar sobre el vigía el morado estandarte castellano. Nadie en la actual *Simancas* conoceria el *Septimanca* de la antigüedad latina y gótica (1).

V. GARCIA ESCOBAR.

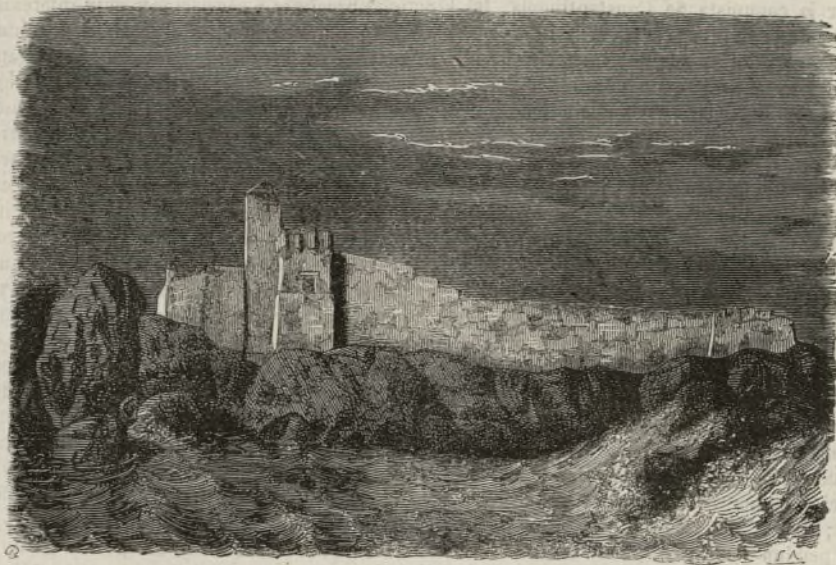
EL CASTILLO DE BAYONA DE GALICIA.

Quando se llega á la hermosa ria de Bayona, cuando las elevadas cumbres del Cereijo asoman por encima de todas las demas montañas, semejando aquella larga cordillera un muro defensor de la pequeña villa que se tiende á sus piés, lo primero que se presenta á la vista del viajero, si este llega por mar, es la extensa fortificacion de la villa á quien los naturales llaman castillo. Sobre una eminencia, compuesta enteramente de rocas peladas y que entran en el mar, cuyas olas rompen continuamente en los bajos haciendo saltar la espuma, se levantan las extensas fortificaciones, como para demostrarnos su necesidad en no lejanos dias, hoy derruidas y condenadas al olvido, por la incuria de nuestros gobiernos y por las injurias del tiempo.

Sobresale en ellas la que lleva el nombre de la Torre del Principe, que es la primera que se presenta á la vista entrando como hemos dicho por la parte de mar.

Si el castillo tiene una historia, si esa historia es la

(1) Nosotros tambien fuimos un dia á satisfacer la deuda de todos los españoles amantes del estudio y de las glorias históricas y literarias del país. Era una bellísima mañana del estío, y nuestro buen amigo y paisano La Fuente (Don Modesto) esperaba la visita en Simancas, donde se hallaba acopiando preciosos y abundantes materiales justificativos para la profunda y filosófica historia de España con que está enriqueciendo nuestra literatura clásica. En grata compañía y sabrosa plática, recorrimos el vastísimo receptáculo, que nos ofrecia materia de copiosos y aprovechados comentarios; donde la formalidad del historiador cedió alguna vez el puesto á la festiva imaginacion del periodístico *Fr. Gerundio*, á propósito de ciertas puridades de los antiguos tiempos. N. del A.



Castillo de Bayona de Galicia.

de nuestro comercio en antiguos tiempos, lo dicen muy bien aquellas torres, aquellas murallas, aquellos fosos, y todos aquellos departamentos de que consta, tanto que es hoy una de las mas grandes fortificaciones que cuenta España. La arquitectura gótica y la del renacimiento se dan la mano: á la obra de los Monarcas castellanos sucede la de la casa de Austria, cuyos escudos campean sobre los portones y en las paredes, atestiguando de este modo el interés que la monarquía austriaca, aquella monarquía que había declarado guerra eterna á la Inglaterra, tenía en poseer un asilo seguro para las ricas flotas que venían de América seguidas y acosadas eternamente por los cruceros ingleses.

Si el castillo tiene una historia, como hemos dicho, la Torre del Príncipe tiene una leyenda, leyenda misteriosa, desconocida, que solo se oye en aquellos lugares, y á la que presta fundamento el nombre de la Torre. De padres á hijos, como toda tradicion, corre la leyenda, leyenda que encierra entre sus fantásticos misterios un suceso de nuestra historia nacional, suceso de que no existe nada escrito y que solo esa torre y esa tradicion son capaces de dar á conocer.

Es fama que un Príncipe de la casa de Austria estuvo encerrado en aquella torre á que dió nombre, y aun lo señala la historia oral como un hecho cierto. Si existe alguna época que mas se preste á lo horriblemente misterioso de este suceso que tiene mucho parecido con el de la *máscara de hierro* en la historia de Francia, y á la que dió popularidad el célebre Alejandro Dumas, será ciertamente aquella en que ocupaba el solio castellano el Rey Felipe el Prudente. En efecto, le señala la tradicion, como hermano del Príncipe prisionero, de quien aseguran que vió llegar la hora de su muerte, como la única de su libertad.

¡Cuánta hermosura! ¡qué vistas podia admirar el infeliz prisionero desde la reja de su reclusion!.. las Islas Cies en lontananza cubriéndose con ese color violado que las da el sol al ponerse en las olas; las Islas de San Martin mas cercanas y con mas señales de vegetacion; á un lado el puerto, al otro la mar descubierta, la mar en toda la grandeza de su inmensidad, la mar que ruge como un leon aprisionado y que bate furiosa los cimientos sobre que descansa la torre!..

Si es cierto que la historia ganaria mucho en descorrer el horrible misterio con que la tradicion cubre aquella torre, la poesía, esa pobre desterrada, perderia uno mas de sus tranquilos retiros y la leyenda despojada de su perfume no

seria un hermoso cuento que se oirá siempre que se visiten aquellos venerandos restos.

Si algun dia vamos á descansar bajo la sombra de la deruida fortaleza; si avara el alma de esas delicadas creaciones del pueblo, el primer poeta de la tierra, volviésemos á escucharla allí en aquella torre silenciosa; tal vez en la misma prision del desventurado Príncipe escribiremos un libro que sea la tradicion, un libro que arranque al olvido una historia y una víctima.

M. MURGUIA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Nunca me pareció un dia tan largo.

Cuando nos separamos aquella noche ya bastante tarde, corrí á mi acechadero.

Amparo no estaba inmóvil como la noche anterior: tenia un cofrecito sobre la mesa y sacaba de él papeles escritos, que leía y ordenaba.

Amparo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, lloraba leyendo aquellos papeles.

Lloraba de una manera desconsoladora, comprimiendo sus sollozos.

¿Era que la noche antes, sobrecogida, aturdida del golpe, por llamar así su casamiento conmigo, la intensidad del dolor había comprimido sus lágrimas, anegado sus sollozos?

Era indudable que Amparo se rendía á su dolor.

Era indudable que Amparo sufría una desgracia inmensa. Y leía y releía aquellos papeles.

¡Cartas sin duda del hombre á quien amaba!

Después vi en sus manos un medallón que sacó tambien del cofrecito, parecia un retrato.

Amparo le estrechó contra sus labios, le separó de ellos, le miró de una manera ansiosa, y exclamó:

—¡Oh Dios mio! Dios mio! ¡tened compasion de mi!

Se puso á escribir lentamente.
Con mucha frecuencia se abstraía y pasaba sin escribir un largo intervalo.

Luego volvía á escribir.

Pasó así gran parte de la noche, y despues recogió en el cofre los papeles y el retrato, guardó cuidadosamente el cofre en un armario, se desnudó y desapareció tras las cortinas de su alcoba.

Yo no supe ya que pensar de Amparo.

Pero me cubrí con el mas perfecto disimulo, como ella se cubria conmigo.

Nos tratábamos como si hubiéramos vivido juntos desde nuestros primeros años.

Las gentes nos creían el matrimonio mas feliz del mundo.

La tranquilidad aparente de Amparo cuando yo era testigo de su agonía nocturna, de sus lágrimas y de lo intenso, de lo vivo, de lo inalterable de su amor hacía aquel hombre, que era para mí un misterio, la tranquilidad ficticia de Amparo, repito, me irritaba.

Durante un mes pude sufrir la lucha entablada entre mi razon y mis celos; pero llegó un dia en que me estremecí.

Empezaba á perder la razon: antes de perderla enteramente tomé una resolucion decisiva: la de separarme de Amparo, que era para mí un tormento y un peligro, con el pretexto de un viaje para ir á visitar á mi tio.

Amparo nada me dijo cuando la anuncié este viaje, mas que las siguientes palabras:

—Espero que volverás pronto.

Aquella noche salí de Madrid en una silla de posta.

Mi resolucion era, no volver á ver mas á Amparo.

Pero para cumplir una resolucion es necesario ser dueño de sí mismo, y yo no lo era

Parecia... voy á procurar explicarme: parecia que mi alma habia quedado fuertemente asida á Amparo, y que cada vuelta de las ruedas de la silla de posta que me conducia estiraba mi alma, haciéndome sufrir un tormento inexplicable.

Llegó un punto en que no pude resistir mas.

Habia pasado algunas horas de una tortura aguda que se hacia mas dolorosa á medida que me alejaba de ella.

Mandé al conductor que volviese á Madrid.

Luego, le ofrecí una recompensa por cada minuto que ganase.

La silla de posta volaba.

Yo me habia propuesto apurar mi destino, cediendo sin resistencia á los impulsos de mi corazon.

Habia resuelto quitarme mi doloroso disfráz y morir poseyendo á Amparo.

A medida que este pensamiento tomaba consistencia, estimulaba al conductor prometiéndole mas.

La silla apenas tocaba con las ruedas al camino.

Apesar de esta agudez no pudimos llegar á Madrid hasta el medio dia

Cuando llegué á mi casa, subí anhelante las escaleras como si hubiese estado mucho tiempo ausente de ella.

Dominado aun por la fiebre entré en las habitaciones de Amparo.

No estaba en ellas.

Pregunté á mi ayuda de cámara, y me dijo:

—La señora acaba de salir.

—¿Y adónde?

—Han traído una carta, y la señora apenas la ha leído se ha puesto pálida, ha pedido á Teresa una mantilla, y con el traje de casa, acompañada de la misma Teresa, ha salido precipitadamente.

—¿A pié?

—Sí, señor, á pié.

—¿Y no sabe V. á dónde ha ido?

—Nada ha dicho la señora.

Despedí á mi ayuda de cámara y me quedé solo paseándome por mi cuarto, aterrado, sintiendo no sé que recelos.

Ya no sabia qué pensar de Amparo; era para mí un misterio.

De repente una idea poco digna, pero disculpable en la situacion en que me encontraba me llevó á su dormitorio:

«En el armario, me habia dicho, encierra el cofrecillo donde tiene el retrato que besa, y los papeles que lee llorando. Si es necesario forzaré el armario y conoceré á ese hombre, leeré esas cartas, sabré á qué atenerme.»

Afortunadamente no me ví obligado á violentar nada: el armario tenia puesta la llave en la cerradura.

Antes de abrir el armario cerré las puertas para evitar una sorpresa casual de los criados.

Luego abrí temblando el espejo que servia de puerta al armario.

En una tabla, cuidadosamente pegado á un rincon, estaba el cofrecillo.

En aquella misma tabla habia otro objeto.

Un gancho de traperero.

El gancho representaba su pasado.

Acaso el cofrecillo constituia su presente.

Acaso yo al abrir aquel cofrecillo determinaria su porvenir.

Cuando el porvenir es sombríamente misterioso, tememos conocerle; como el preso por una causa grave teme conocer la sentencia del juez.

Durant algunos minutos vacilé; dudé si debia desentrañar el misterio que guardaba aquel cofrecillo, ó si preferia la duda á la verdad.

Tres veces estendí mi mano hácia el cofrecillo, y tres veces la retiré.

Pero por terrible que sea la verdad es preferible á la duda.

Me apoderé al fin del cofrecillo, le puse sobre la mesa y le abrí.

Al abrirle mi corazon no latia.

Lo primero que ví fué un pequeño estuche.

Le abrí y encontré... la cruz de brillantes que la habia regalado el dia que por primera vez almorzó conmigo.

La existencia en el cofrecillo de aquella cruz, me dió no sé qué aliento, qué esperanza vaga, que alegría íntima.

Luego seguí en mi inspeccion:

Buscaba el retrato y le hallé cuidadosamente envuelto en un papel muy usado.

Necesité hacer un violento esfuerzo para mirar aquel retrato: pero cuando le mire...

¡Oh Dios mio! ¡cuando le miré creí morir!

El retrato que Amparo besaba llorando; que estrechaba contra su corazon y contra sus lábios contemplando el cual pasaba inmóvil hora tras hora... aquel retrato...

¡Aquel retrato era el mio!

...

¿Me habria yo engañado?

¿Habria otro retrato en el cofrecillo? seria aquel otro el que besaba Amparo.

Revolví, busqué y encontré otro retrato.

Pero era un retrato de mujer, y tenia el marco negro. Yo estaba seguro de que el retrato que besaba Amparo estaba contenido en un medallon dorado.

Aquel retrato era el mio.

...

Sentí una vaguedad fria en mi cabeza: mis ojos se oscurecieron, no pude sostenerme de pié, y me senté en el mismo sillón en que ella se sentaba.

Y allí, replegado sobre mí mismo, con la cabeza entre mis manos, creí revolviendo mis destino; pasar mis dudas y mis celos; calmarse lentamente mi desesperacion; desapa-

recer mi presente de hacia un momento, é ir creciendo aquel mi otro presente que hacia un momento habia nacido.

Sentí comprimirse mi corazon, como necesitado de arrojar de sí un peso insoportable, y luego sentí que mi corazon se dilataba y lloré en un llanto largo, tranquilo dulce, toda la hiel que habia ido depositándose en mi corazon.

Y luego me sentí inflamado de un fuego dulce, para mí desconocido; de un fuego que parecia aislar dentro de sí mismo mi alma, purificarla, levantarla hasta el cielo; parecióme tenerla en contacto con Dios, bendecida por él; luego me sentí completamente abstraído, espiritualizado, fuera del contacto de todo lo terreno y parecióme tocar con mi espíritu el espíritu de Dios, del Dios justo y bueno que premia á los que lloran; y creí en Dios y le confesé con la inmensidad de mi pensamiento.

Y ya no dudé, no; y al consagrar mi felicidad á Dios, me alcé fuerte y tranquilo, lleno de vida de juventud y de esperanza.

Aquel sueño de redencion y de paz habia pasado y su reciente recuerdo difundia en mi ser una calma inefable: ya mi aliento no salia ronco y fastigoso de mi pecho: la vida me era fácil: el sol que penetraba por las ventanas del jardin tenia color de gloria: mis ojos veian luz: mi pecho respiraba aire: parecíame que el espacio era armónico, que todo me sonreía que todo se asociaba á mi felicidad.

Al fin habia encontrado aquel amor infinito, necesidad ardiente de mi alma.

Al fin Dios me dejaba ver al ángel de fuego que debia ser mi paz y mi gloria sobre la tierra.

Amparo me amaba.

Yo era el hombre mas rico de la tierra; todo lo que habia ansiado lo tenia.

Los que no hayais amado con toda vuestra alma y sin esperanza, no podeis comprender lo que acabo de deciros.

Os reireis de mí, y creereis hacerme mucho favor llamándome solamente loco.

Yo escribo para los que sufren; para los que lloran.

Los que no veis la vida sino á través del excepticismo, no podeis comprenderme.

¡Callad!

Porque si estoy loco, mi libro es una verdad.

La verdad de la locura.

¿Estais vosotros seguros de que teneis razon?

¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Puse otra vez los dos retratos y el estuche en el cofrecito, este en su lugar cerré el armario, y no sabiendo á dónde habia ido Amparo, me resigné á esperar su vuelta con la menor impaciencia posible.

Al pasar por su gabinete vi una carta abierta sobre un velador.

Aquella carta era sin duda la que habia causado la precipitada salida de Amparo.

La lei y palidecí como ella habia palidecido.

El padre Ambrosio habia sido atacado de una congestion cerebral y el médico que le asistia lo participaba á Amparo.

Entonces comprendí por qué Amparo habia salido de casa con tal precipitacion.

Yo salí del mismo modo y recorrí en algunos segundos la distancia que separaba mi casa de la del exclaustro.

La primera persona que encontré en la habitacion del religioso sentada y triste junto á una puerta cuyas cortinas estaban corridas, fue á Amparo.

Al verme se levantó de una manera nerviosa, y sus ojos se fijaron en mí con una alegría inmensa, pero aquella alegría tuvo la duracion de un relámpago.

—¡Ah! dijo: yo no esperaba... que volviereis tan pronto.

—¡Oh! sí; la dije: no puedo vivir separado de ti.

Y acercándose á ella la abracé y la besé en la boca de una manera ardiente.

Amparo dió un grito, se retiró y me miró de una manera profunda.

Yo me rehice.

—He visto la carta en que te anunciaban el triste estado de nuestro amigo, la dije.

—¡Oh! si dijo ella rehaciéndose á su vez: yo corrí, volé pero, añadió tristemente, todos hemos llegado tarde.

—¡Ha muerto!

—No: pero no hay esperanza: se ha hecho cuanto puede hacerse.

Amparo calló y quedó profundamente triste.

—¿Y estás... sola?

—Sí... el infeliz duerme: Teresa ha ido á casa para que vengan Juan y María: he mandado traer una cama: me siento mala, desesperada, Luis: era mi padre.

El buen exclaustro murió aquella misma tarde.

Amparo volvió á casa desolada, impresionada fuertemente: se encerró en su aposento y yo respeté su dolor.

Me vi obligado á continuar durante algunos dias mi antiguo papel de hermano.

Al fin, una mañana Amparo me dijo:

—Siéntate á mi lado, Luis.

Me senté en el sofá junto á ella.

—Necesito que me expliques, me dijo, ciertas cosas que no comprendo bien. Desde que has vuelto de tu extraño viaje eres otro.

—¿Otro?

—Si por cierto. Antes sufrías: ahora no sufres: antes no tenias ni fé ni esperanza: ahora... Luis: yo veo en tus ojos otra vida... Luis: tu has encontrado la felicidad que buscas... yo quiero saber la causa de tu felicidad.

Amparo tenia menos paciencia que yo, y pasaba la primera el límite que tácitamente nos habiamos señalado.

Quise facilitarla el camino adelantándome á ella.

—Te engañas, Amparo, la dije; yo no soy feliz, bajo el punto de vista que tu crees.

—¡Oh! sí, sí: yo no me engaño, me respondió.

—Pues te has estado engañando hasta ahora: por mejor decir yo he sabido engañarte.

—¿Tú!

—Sí.

—¿Cómo!

—Tú no has conocido mis celos.

—¿Tus celos! ¡amas acaso!

—Si con toda mi alma, con toda mi fé, con todo mi entusiasmo.

Y la rodeé un brazo á la cintura.

—¡Oh! ¡qué es esto! ¡Dios mio! exclamó Amparo levantándose pálida como un cadáver.

—Mis celos son justos, dije fingiéndome desesperado: te amo hacia un ser misterioso, te hace horrible toda demostracion de amor por mi parte.

Amparo continuaba de pié, aterrada, muda, pálida, fijando en mí una mirada llena de ansiedad, de temor, de duda; ávida, dolorosa, suplicante, llena de impaciencia.

Yo la atraje á mí y la senté sobre mis rodillas sin que ella opusiese resistencia; inclinó la cabeza sobre el pecho luego la alzó, me miró destellando de sus magníficos ojos negros un fuego casi divino y me dijo con las manos puestas sobre mis hombros con la boca entreabierta, los labios trémulos, embriagándose con el perfume de su aliento.

—¡Luis! ¡Luis! ¡ten compasion de mí!

Y luego reclinó la cabeza sobre mis hombros y rodeó sus frescos brazos á mi cuello.

—¡Yo te amo! la dije con voz opaca y ardiente rozando con mis labios sus megillas.

Amparo se estremeció y rompió á llorar.

—¡Te amo, continué, no sé desde cuando! me parece que te he amado toda mi vida; que te amaba antes de nacer.

Amparo se estrechó mas contra mi.

—He callado, por que debía callar: he sufrido cuanto he podido sufrir; pero ya no puedo sufrir mas, porque tengo celos.

Amparo levantó su cabeza de sobre mi hombro y me miró con una expresion triste, grave, solemne, á través de sus lágrimas.

Luego me dijo con voz opaca y reconcentrada:

—¡Celos tú! ¡celos por mi amor y celos de otro hombre! ¡Esto es horrible! ¡Esto no puede ser!

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA TIENDA DE DON BERNAL.

Es una espaciosa tienda del campamento cristiano de una tea iluminada por el resplandor escaso. Pendientes de los tapices lanzas, broqueles y cascos, y aquí y acullá esparcidos sobre aquel rústico estrado, paramentos de gamuza junto á bélicos tabardos, entre picas, partesanas y trofeos sanguinarios; parece aquel aposento con su tétrico aparato de la guerra y de la muerte el fatídico palacio.

¡De la muerte!... ¡Quizá es cierto... que, alla, escondido en un ángulo, destácase en la penumbra, de la luz al tibio rayo un lecho de marcial traza, que bajo sus pliegues anchos cobija á un triste guerrero exangüe y desfigurado. Cárdena está su mejilla, pálido y glacial el labio, turbia la luz de sus ojos, es casi su cuerpo un mármol. El viejo Rui-Clavijo, con solícito cuidado á su cabecera vela; y quizá el guerrero cano por vez primera en su vida siente el corazon honrado á la vista de la muerte blandear compasivo un tanto. Mas Rui es un escudero de la lealtad dechado, y allí estará... aunque importara

á Belcebut estorbarlo.

Su señor lo quiere; fía el huesped á su fiel trato: y para quien buen pan come, no hay mejor ley que el buen amo.

Silenciosa pues la tienda queda luego mucho rato; el doliente yace inmóvil; Clavijo quizá está orando. Sentados y pensativos en torno á un tronco de árbol, que de aparador campestre, sostenido en dos peñascos, para su yantar nocturno les sirvió á nuestros hidalgos, estan en aquella guisa del romance castellano «por camas las duras peñas; las veladas por descanso.»

Don Bernal, el viejo Conde, dejando el sitio al cabo, dirijese al triste lecho, con lentos y sordos pasos. Contempla al guerrero inerte, tómale la diestra mano, y de sus arterias busca el latido asáz opaco.

con grave talante observa á su huesped mal parado, y acaso surge en su mente un presentimiento trágico.

Con religioso silencio Corada y Ponce á su lado miran, observan y esperan los afanes del anciano.

Y cuando tornando místico á su escabel, quieren ambos preguntar... el noble Conde asiéntase, murmurando;

—¡Infeliz!... ¡cuánto padece! ¡Dios sea con él!...

PONCE.

¿Qué acaso?...

EL CONDE.

Su vida toca al ocaso. ¡Tal desdicha me entenece!

PONCE.

Cierto es. ¡Tan jóven morir; espirar, cuando la vida, seductora nos convida con inmenso porvenir; cuando por senda de flores, bajo el sol de la esperanza, nuestra existencia se lanza tras sueños encantadores; cuando es el mundo un Eden, y en el corazon ardiente la dulce ilusion se siente, y se cree en todo bien, y el alma, sin una nube que empañe su albo cristal, hacia la dicha ideal en sus propias alas sube... triste es, tristísimo asáz la esperanza hacer pedazos, romper los mágicos lazos,

y morir!...

EL CONDE.

¡Cruel verdad!

PONCE.

Esto es tocar el dintel
del ansiado paraíso,
y hundirse el pié de improviso
y caer... ¡oh!... sí, es cruel!

PEÑA-CORADA.

¡Lástima de mocedad,
tronchada en flor!...

EL CONDE.

¡Los impíos!...

Huyeron de mí y los míos!...

PONCE.

Cobarde y torpe maldad!

PEÑA-CORADA.

¡Moros al fin!...

PONCE.

¿Cómo fué,
Conde, ese sangriento caso?...

EL CONDE.

Ya lo sabreis. Un acaso...

PONCE.

Mas misterioso?...

EL CONDE.

Sí, á fé.

PONCE.

Pues que estamos de velada,
y está lejana la aurora,
divertamos una hora
de la noche mal pasada
con el cuento de ese azar;
y, cual buen protagonista,
sed además fiel cronista
de esa aventura sin par;
pues vuestro ingenio sencillo
y vuestro labio severo
que nos han de dar infiero,
grande solaz, al oílo..

EL CONDE.

¡Paso, Ponce! Vais así
á la lisonja derecho;
y ¡pardiez!... que no se ha hecho
para vos ni para mí!

PONCE.

¡Por san Millán!... eso y mas
os mereceis.

EL CONDE.

Dad de mano!...

PONCE.

Sea, pero hablad.

EL CONDE.

En vano
vuestro ruego no es jamás.

BIZARRÍAS.

Tornaba yo al campamento
de seguir con cien ginetes
una banda de Zénetes,
que huían de un fin sangriento.

Erase la mustia hora,
en que reina esa luz fría,
ni bien noche, ni bien día,
ni crepúsculo, ni aurora.

Cuando al tomar la vereda,
que cruza esos montes caños,
oímos gritos cercanos
salir tras de una arboleda.

«Traidores!..» con frenesí
clamaba una voz de saña,
en lengua agena de España,—
«Traidores!.. ¡tantos á mí!..»—

Y aunque aquel clamor tan fiero
era acento musulmán,
voz era también de afán,
y la oía un caballero.

Puse espuela á mi caballo,
y del cuitado al socorro
al través del bosque corro...
¡pero qué á mis ojos hallo!...

Moros del Africa son,
que en contienda desigual
blanden el hierro mortal
contra un árabe garzon.

Le acosan cual la trailla
al ciervo en la red cogido;
blande uno puñal buido,
otro esgrime una cuchilla.

Sobre rápidos corceles
en torno del triste giran;
y los alfanges suspiran,
y flotan los alguiceles.

Y ciernen las cuchilladas
sobre el mozo, sin piedad
cual gotas la tempestad
en las rocas desoladas.

Y en tanto que el uno amaga
de frente un tajo sañado,
otro á su flanco desnudo,
y otro á su espalda divaga.

Y todos con férreos brazos
y esas ansias homicidas
arrancar por cien heridas
intentan su alma en pedazos.

El bravo doncel, no obstante,
con ímpetu temerario
hace frente á los sicarios,
cual roca á la mar pujante.

Y la corva cimitarra
blande á su vez sin desmayo,
y es en su hábil diestra un rayo,
que cuanto encuentra, desgarra.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.